

des, favores y beneficios, que parece estar vinculado á esta devocion bendita el goce de todas las gracias y la fuente de todas las riquezas. Hablen por mí infinitas doncellas menesterosas, viudas y huérfanos necesitados, socorridos liberalmente por la devocion del Rosario; esclavos gimiendo en duras cadenas, rotos los grillos y puestos en libertad; marineros, luchando con la furia del agua y de los vientos, conducidos á puerto de salvamento; enfermos desahuciados, restituidos á perfecta sanidad; dolores ahuyentados, incendios extinguidos, tempestades disipadas, provincias afligidas de la peste, ciudades conmovidas de espantosos terremotos, países amenazados de la esterilidad y del hambre, ó por la sequía y falta de agua, ó por el destrozo de la piedra, ó por la tala de los insectos nocivos, remediados todos por el santísimo Rosario. Hable el mundo entero, y publique en alta voz las finezas de la Virgen del Rosario con sus devotos y apasionados, pues que la materia es tan inagotable como gustosa. ¿Y de qué manera pagaremos á esta gran Reina esas mercedes y otros innumerables beneficios? Con mucha facilidad, hermanos míos; solo nos pide la reforma de la vida, el ódio al pecado, la fuga de las ocasiones, el amor á la virtud, y que imitemos á Jesucristo su divino Hijo; un corazón recto, un espíritu limpio, unas manos inocentes, unas obras cristianas, palabras, deseos y pensamientos nuevos y celestiales: este es el sacrificio que acepta, la devocion que estima, y el único medio de merecer sus piedades.

¡Oh amabilísima Madre! de vuestra mano soberana nos ha de venir una gracia victoriosa, que consuma la escoria de nuestras bastardas inclinaciones y triunfe de nuestra dureza y rebeldía. Perdonad la frialdad y tibieza con que hemos rezado hasta ahora vuestro Rosario santísimo, y encendednos en vuestra devocion con aquel fuego de amor que inflama los más tibios corazones, para alabaros dignamente en esta vida, y gozar despues de vuestra vista y compañía por eternidades de gloria. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DEL SANTO ROSARIO.

DISCURSO II.

Tu honorificentia populi nostri, quia feciste viriliter.

Tú eres la honra de nuestra nacion, porque te has portado con varonil esfuerzo.

(JUDITH. XV, 10, 11.)

Ved ahí, amados oyentes, el elogio con que el pueblo de Dios celebró en otro tiempo la gloria de Judith, aquella famosa mujer, que triunfó del orgullo y altanería de Holofernes. ¡Holofernes! ¡qué nombre tan odioso á mis oídos! Azote duro, plaga cruel, furia inhumana desatada para afligir al pueblo del Señor. Ese soberbio capitán de los asirios, con aquella arrogancia y fiereza que le inspiraban sus armas, se empeñó en perder á los de Betulia, rendirlos á discrecion, ó pasarlos á cuchillo. Un sitio obstinado tenía á los pobres hebreos en el último apuro. Faltaban los víveres y comestibles; las aguas cortadas apuraban la paciencia y sufrimiento; la sed y el hambre eran dos enemigos crueles á que no era dado resistirse; y la ciudad consternada presentaba un espectáculo triste, digno de compasion y de lástima. Los niños morían á los pechos de las madres; los viejos, trémulos y desvalidos, caminaban al sepulcro como al remedio de sus miserias; las matronas, vestidas de luto, derramaban copiosas lágrimas; los mancebos esforzados caían de ánimo en vista de un enemigo irresistible; á los sacerdotes y magistrados les faltaba el consejo y la prudencia; los gemidos y los llantos eran el único desahogo de la afliccion; y toda la ciudad temía por instantes las iras y el acero del vencedor. Pero Judith, la incomparable Judith, movida por el espíritu de Dios, halla medio de salvar á su pueblo; se introduce en el

pabellon asirio, triunfa con su hermosura del corazon de Holofernes, y con su mismo alfanje le corta la cabeza; la confusion y el espanto se apoderan de los enemigos; todos abandonan el campo con una vergonzosa fuga, ó caen en manos de sus contrarios, y experimentan el rigor de la espada. En vista de esta empresa famosísima, felizmente acabada por la valentía de Judith, no pudieron los israelitas contener en su pecho el placer y regocijo, y desatando sus lenguas en voces y clamores de alabanza, le decían sin cesar: «Tú eres la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, la honra de nuestro pueblo; acreditaste tu valor en nuestra defensa, y tu espíritu y corazon se hallan llenos de fortaleza.»

¿Y os parece, amados míos, que podría yo escoger palabras más del caso á nuestro intento, ni que más vivamente expresen el afecto de los devotos de María santísima del Rosario, que hoy día se congregan en este templo á celebrar los triunfos de tan gran Reina? ¿No es el demonio, en sentido misterioso, el Holofernes cruel, altanero y soberbio, lleno de encono, de furor y de saña contra el pueblo fiel y cristiano, que es por antonomasia el pueblo del Señor? ¿Puede darse fiera más inhumana, vibora más irritada, serpiente más venenosa? Todo el mundo ¿no gime bajo el yugo de este déspota? ¿No es el cristianismo el principal objeto de sus iras? Y las almas redimidas con la sangre de Jesucristo ¿no son el blanco de sus venganzas? ¿En qué apuros no se ven cada día los fieles por los ardides y tramas de este adversario! Pero, si por nuestra desgracia tenemos un contrario de por vida que ha jurado perdernos, tambien tenemos por nuestra dicha una Mujer invencible, que ha tomado por su cuenta nuestra defensa. Ella pelea las batallas del Señor, ataca al enemigo, fuerza sus trincheras, corta la cabeza de la serpiente, y en la punta de su lanza nos presenta los despojos y trofeos de sus victorias. Esta es María santísima del Rosario, nuestra Madre, abogada y protectora, vida, dulzura y esperanza nuestra. ¿Con cuánta más razon podemos decirle nosotros lo que los israelitas á Judith: Vos, Señora, sois la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, el honor de nuestro pueblo, porque habeis obrado varonilmente, esforzada y animosa! Soltad vuestras lenguas en sus elogios, no dejéis de las manos el santísimo Rosario: él es el blason que os distingue y ennoblece, el baluarte que os defiende y fortifica. Hé aquí las dos reflexiones sencillas que formarán la dos partes de este discurso. La devocion del Rosario es la divisa honrosa del cristianismo: *Tu honorificentia populi nostri*; primera parte. La devocion del Rosario es la obra de sus triunfos y victorias: *Fecisti*

viriliter; segunda parte. Nada más distinguido, nada más poderoso que el Rosario de María; devocion digna de un corazon noble y cristiano, medio el más apto para triunfar de nuestros enemigos: *A. M.*

Es doctrina sentada entre los teólogos, que uno de los efectos del bautismo es imprimir en el alma un carácter indeleble, que nos marca por ovejas de Jesucristo pertenecientes á su rebaño. A la manera que los reyes y príncipes de la tierra, distinguen á algunos ilustres personajes con diversas libreas, empresas, uniformes, armas, cruces, llaves y blasones, en prueba de su particular amor y en testimonio de la fidelidad de los agraciados, por lo cual se ven obligados éstos á trabajar en servicio de su monarca, como que ellos son los que más pertenecen á su cuidado; del mismo modo nuestro Dios se ha portado con los suyos en todas las épocas y edades del mundo. En la ley natural, las oblaciones voluntarias eran la contraseña de los hijos de Dios; en la ley escrita, la Circuncision fué el distintivo visible del pueblo escogido y fiel que le servía y adoraba; y el Bautismo en la de gracia, completó aquellas obras imperfectas y acabó de marcar á los discípulos del Señor.

Ahora añado yo, que si además de este carácter espiritual é invisible, quereis saber la divisa exterior y manifiesta del pueblo cristiano, os diré, hermanos míos, que es el Rosario de María. No es menester más prueba de esta verdad que recurrir á la experiencia. ¿Hallareis por ventura alguna clase de personas, que tengan una sola tintura de religion, que no formen su mayor mérito en ser devotos del santísimo Rosario? Grandes, chicos, niños, mozos, jóvenes, ancianos, hombres, mujeres, eclesiásticos, seglares, pobres, ricos, príncipes y vasallos, ¿quién hay que que no reze el Rosario de María, ó, á lo ménos, no lo lleve consigo como blason honroso de la ley que profesa, y librea que le destina al servicio de esta Señora? ¿Hallareis algunas ciudades, villas, lugares, pueblos, aldeas, casas y familias, donde esta devocion no se conozca, se use y se practique? ¿No está extendida por todo el mundo y propagada por todo lo descubierto del globo? Las fiestas que se hacen por toda la cristiandad; las cofradías, sociedades y juntas erigidas á su culto; los templos, capillas, oratorios y altares con esta advocacion tan augusta, ¿no acreditan el honor y la estima que goza en las gentes el Rosario de la Santísima Virgen? ¿Será menester echar mano de otras razones para convenceros? Vosotros mismos ¿no lo tocáis, no lo veis, no lo experimentais? ¿Qué más testimonio que la experiencia? ¿Quereis que os recuerde

el origen de esta célebre fundacion, á cuya prueba no podais resistiros ni oponeros? Leed las historias, registrad los anales de la Iglesia, donde se hallan depositadas tan felices memorias. ¡Oh abrasado Domingo! vos habríais de hablar ahora en este púlpito que ocupo yo indignamente; vos habríais de hablar con aquellas palabras de fuego, que el espíritu de amor ponía en vuestros puros lábios: ¡qué impresion no harían en mis oyentes vuestras palabras encendidas y enamoradas! Decidnos lo que pasó entre vos y María, nuestra dulce Madre, cuando se os dejó ver llena de esplendor y de gloria, regalándoos con delicias inefables, gusto anticipado de las del Cielo, alentando vuestro espíritu, consolando vuestras penas, serenando vuestras miserias, endulzando vuestras amarguras, y reclinándoos tiernamente en su regazo. Decidnos una palabra, que ella solo será bastante á satisfacer nuestras dudas.

Oid, hermanos, la respuesta amorosa de la Emperatriz de los Cielos á los gemidos, súplicas, ansias, lloros, suspiros y ruegos de Domingo, que todo se deshacía por los pecados del mundo y por las calamidades que afligían á los mortales. Recibe, hijo mío querido, le dijo esta gran Reina, recibe este Rosario; predícalo, íntima esta devocion al mundo, no te detengas; dile que ya llegó el tiempo de su salud; este será el pacto inviolable de la divina alianza y el arco prodigioso de mi clemencia. No temas; yo sé que el mundo cristiano no despreciará mis dones; buscarán asilo y consuelo en sus adversidades y ahogos, y no lo hallarán sinó en mi Rosario santísimo. De ahí resultará una santa emulacion de alistarse en esta bendita cofradía, el deseo de rezarlo, el afecto en promoverlo, el gusto en llevarlo consigo, porque lo mirarán como dádiva de mi piedad, como dispuesto por mi sabiduría, como revelado por mi misma boca. Los Papas autorizarán con diplomas apostólicos una devocion tan augusta. Los escritores eclesiásticos llenarán las bibliotecas de volúmenes del Rosario. Los oradores evangélicos, celosos de mi honra, tendrán por ocupacion la más dulce predicarlo, por empleo el más digno explicar los misterios grandes que contiene, por estudio el más útil llenar sus panegíricos de estas alabanzas, y por fruto de sus tareas el más glorioso su propagacion, su estima y su culto. A imitacion de los supremos oráculos de la Iglesia, á vista de cuantos le exaltarán y engrandecerán, así escritores clarísimos como oradores famosos, no habrá quien no reconozca su excelencia, quien no respete su dignidad, quien no admire su poder, quien no corra presuroso á inscribirse en la nómina de mis escogidos, quien no quiera vestirse de mi

librea, llevar mis armas, adornarse de esta gala, guarecerse con mi escudo, y tener á la mayor honra distinguirse con esta envidiable divisa. Son muy blandos los corazones cristianos para resistirse á los golpes de mi gracia, y léjos de despreciar mis mercedes, no habrá quien no se glorie de unirse al número de mis devotos.

Ved ahí, hermanos míos, en sustancia, las palabras de cariño con que habló la purísima Virgen á Domingo de Guzman. Perdonad la bajeza de mis palabras, é inferid cuál quedaría el espíritu del santo patriarca con estas finezas y ternuras, cuán regalado, cuán ardiente, cuán extático, fervoroso y derretido. Permitidme, pues, ahora, que hablando yo á aquellas gentes del mundo que ignoran este lenguaje de amor, este punto esencial de la grandeza cristiana, explique mis sentimientos en honor del santísimo Rosario, y les diga de esta forma: Gloriaos, grandes y potentados del siglo. en vuestros títulos y dictados pomposos, que yo me gloriaré en el Rosario de María: él es el que me dá el título de hijo adoptivo y querido de esta amada Madre, el que dá abundancia de gracias y virtudes á mi corazon. Gloriaos, sábios hinchados, filósofos y literatos, en las agudezas de vuestros ingenios y en la superioridad de vuestras luces y de vuestros inventos, que yo me gloriaré en el Rosario de María: él es el que me comunica la ciencia de los santos, el que ilustra las tinieblas de mi ignorancia, me enseña la sabiduría del Cielo, y me dá á conocer las verdades eternas sin mezcla de error ni de falencia. Gloriaos, avaros, ricos y opulentos de la tierra, en vuestros tesoros, en el resplandor del oro y de la plata que encierran vuestros cofres, que yo me gloriaré en el Rosario de María: él será siempre el tesoro de mi corazon, el cumplimiento de mis deseos, el lleno de mi voluntad y de mis afectos. Gloriaos, soberbios y ambiciosos, en vuestra elevada jerarquía, en las prerogativas y distinciones de vuestros empleos, que yo me gloriaré en el Rosario de María: él es el que me levanta del polvo de la tierra á la contemplacion del Cielo, el que me da imperio sobre mis pasiones, me hace dueño de mí mismo, y me coloca en la dignidad inestimable de siervo de esta gran Reina. Gloriaos, jóvenes licenciosos, en vuestro desenfreno, en esas invenciones astutas que fomentais para engañar y seducir el pudor más recatado, esas canciones lascivas, esos billetes amorosos, esas dádivas de cariño para triunfar de la más fina honestidad, que yo me gloriaré en el Rosario de María: éste será el asunto de mis canciones, de mis tratos y de mis coloquios; estas las expresiones de mi lengua; éste será el objeto de las palabras de mi boca; éste la dádiva, el presente, el sacrificio

que ofrecerá mi corazón á la elegida entre millares; á ésta quiero, á ésta amo, á ésta me propongo vencer é inclinar para los fines de mi eterna salud. Gloriaos, mujeres, en vuestros aderezos y galas, en vuestros adornos y modas, en vuestras joyas y dijes; gloriaos en ese ingenioso adorno de manos, cuello, pecho y cintura, que yo me gloriaré en el Rosario de María: yo no quiero más adorno en mis manos, ni más aderezo en mi cuello, ni otra joya en mi pecho, ni en todo mi cuerpo otra gala que el Rosario de María: él es el que conserva mi inocencia, fortalece mi flaqueza, endereza mis pasos, dirige mis intenciones, arregla mis afectos, tiene á raya mis deseos, enfrena la concupiscencia, apaga el ardor de la carne, mantiene ileso el candor de la pureza, y me defiende de todos los riesgos y lazos á que está expuesta la angelical virtud de la castidad. Gloriaos también vosotros, devotos cordiales de María, gloriaos juntamente conmigo en el santísimo Rosario; nada más noble, nada más distinguido que el Rosario de la Virgen: él es la divisa honrosa del cristianismo, ya lo habeis visto; y él es, al mismo tiempo, la obra de sus triunfos y victorias.

Cuando digo, hermanos míos, que el Rosario es para el cristianismo la obra de todos sus triunfos, no penseis que intento referiros una por una las victorias conseguidas por medio de esta devoción bendita. Esto fuera querer contar las arenas al mar, las hojas á los árboles y las estrellas al cielo. Por lo mismo, yo pasaré en silencio la del conde de Monfort contra los Albigenses en el campo de Muret, la de Juan, rey de Polonia, delante de Viena, las dos famosas de Tomisvar y Belgrado en Ungría por el príncipe Eugenio. Solo os recordaré brevemente aquella tan ruidosa y tan completa conseguida contra el poder otomano, que tanto consternó á la ciudad de Constantinopla, y dió motivo á la presente solemnidad del santísimo Rosario en toda la Iglesia católica. Ya el orgulloso Selin había sojuzgado á Ungría, rendido á Rodas, estrechado á Malta, conquistado á Candía, tiranizado á Chipre y tomado á Famagusta; y engreidos los mahometanos con estos triunfos con que aterraban á la pobre cristiandad, pretendían acabar de una vez con las reliquias del pueblo escogido y fiel. Para esto juntan una poderosa armada, que con la multitud de velas y combatientes cubría las aguas del Mediterráneo, bien seguros de derrotar cuantas fuerzas se opusiesen á su formidable pujanza. En este apuro, la santidad de Pio V, pontífice máximo, lleno de celo y ardimiento por los intereses de la Iglesia, manda hacer públicas procesiones del santísimo Rosario, y empeñar á esta gran Reina por la causa de los suyos; y al mismo tiempo, como excelente

político y estadista, une con una santa liga á España y á Venecia; y nombrando por general de la armada aquel rayo de la guerra, nunca bastantemente alabado, el señor don Juan de Austria, hermano de nuestro rey don Felipe II, se avanza contra los turcos, que estaban anclados en Lepanto. No es para poco tiempo referir el valor y denuesto con que se peleó por una y otra parte: el ardor encendía el coraje, y la vida se despreciaba por la gloria del vencimiento. Duda se manifestaba la victoria en el espacio de tres horas que se hicieron fuego vivo las armadas, cubriéndose de tinieblas el aire por la densidad del humo. Pero, al fin, volviéndose el viento en popa á favor de los nuestros, llenan á los contrarios de terror y de espanto, redoblan las fuerzas, acaloran los ánimos, abordan á la galera de Ali Bajá, general del enemigo, le cortan la cabeza, y pasan á cuchillo toda la tripulación. Treinta mil turcos quedan muertos y prisioneros, ciento treinta galeras apresadas, noventa se estrellan contra las costas ó se consumen á la voracidad del fuego. Veinte mil cristianos condenados al remo, logran libertad este día, y el orgulloso otomano queda quebrantado y abatido como el mar quebranta sus encrespadas olas contra los granos de la arena. No es en verdad, ni el número de nuestros guerreros, ni la pericia de nuestros capitanes, ni los consejos ó esfuerzos de los príncipes confederados, quienes trastornan los designios de los bárbaros: es, propiamente, el santísimo Rosario el que humilló á Selin y confundió su soberbia y arrogancia.

Y si de estos triunfos temporales pasamos á las victorias del corazón y del alma, ¿qué prodigios no hallaremos por medio del santísimo Rosario? ¡Oh mundo! ¡y qué corrompido te hallabas! ¡Qué sumergido en tinieblas de ignorancias, de errores y de pecados ántes que te amaneciese esta devoción bendita! ¡Cuántos pecadores endurecidos más que el mármol, hallaban salvo conducto á la sombra de la universal depravación! ¡Oh siglos deplorables! ¡Oh tiempos calamitosos! ¡Ojalá, que así como pasasteis volando, no hubieseis quedado en nuestra memoria por la fama ruidosa de tantos desaciertos! Pero ¿qué dije? Os llamé infelices por la inundación de culpas en que os visteis atollados; pero os debía llamar dichosos porque lograsteis ser casi enteramente reparados. En el mismo punto en que Domingo os trajo este ramo de oliva, se vió la serenidad deseada, y cesaron las aguas de aquel diluvio de culpas. ¿De cuántas honras no es deudor el Cristianismo á este gran Santo por la predicación del santísimo Rosario? ¡Y no podré yo decir, oyentes míos, que el Rosario es la obra de sus triunfos y victorias? Hubierais visto alistarse en la es-

cuela de Domingo una multitud innumerable de pecadores; á la fuerza de su voz no pudo resistirse el vicio más obstinado. Desde que el mundo percibió el suave olor de esta bendita devocion, mudó de semblante. Lo mismo era el emprender el Rosario, rezarle devotamente, y aún solo llevarlo encima, que mudarse las costumbres de los hombres; las conversiones, la mudanza de vida, la reforma de las gentes por medio del Rosario eran universales en la Iglesia. Aquí se veían casas y familias enteras envejecidas largos años en ódios, enemistades y rencores, humillarse, reconocerse y reconciliarse en tranquila union, paz y concordia. Allí se veían avaros, que con sus negociaciones iníquas habían enriquecido su patrimonio á costa del sudor de los pobres, y para quienes la restitution era cosa más amarga que la misma muerte, y hacer una cesion y abdicacion universal de sus bienes, y buscar ansiosos el remedio de sus llagas encrudecidas en el santísimo Rosario. Unas veces hombres sanguinarios, bandoleros y perversos, que, instigados de los torcedores agudos de sus conciencias, buscaban remedio á tantos desafueros en el santísimo Rosario; otras veces pecadores de costumbre, que en el espacio de muchos años no pudieron desatar las cadenas de su esclavitud, se hallaban con el corazón mudado, dispuestos á romper amistades eternas, cuya separacion juzgaban imposible. ¡Oh Dios! ¡cuántas conquistas no ganó el santísimo Rosario! ¡Cuántas victorias y trofeos no cuenta esta augusta devocion! ¡Cuántas almas, que eran presas miserables del demonio, no sacó de su misma garganta!

Acabemos de una vez, hermanos, y digamos á boca llena, que el Rosario ha triunfado en todos tiempos de todas las potestades de la tierra, de los Cielos, de los abismos y de la naturaleza. Ha triunfado de la tierra: cuantas veces los príncipes cristianos han conseguido plausibles victorias de turcos, moros, herejes, y paganos, ha sido siempre por medio del santísimo Rosario. Ha triunfado del Cielo: á los devotos del Rosario mil veces se les han hecho visibles aquellos ciudadanos del empireo; unos se han visto rodeados de ángeles, otros consolados, fortalecidos y recreados con sonoros cánticos y voces festivas de música celestial. Ha triunfado del Infierno: no hay devocion de que así tiemblen y se estremezcan los demonios. Ha triunfado de la naturaleza: por la virtud del Rosario se ha visto, ya cubrirse el aire de nubes para destilarlas en rocíos saludables, ya disiparse tempestades deshechas, borrascas, huracanes, granizos, piedras, centellas y rayos; la tierra ha vuelto á su natural firmeza despues de conmovida con horribles terremotos, sacudidas, vaivenes y temblores:

de su seno y de sus entrañas salieron cosechas abundosas cuando se esperaba una esterilidad mayor que la de Egipto. El mar miró con atencion al santísimo Rosario, ya calmado su furia y sosegando lo encrespado de sus ondas, ya respetando en los naufragios á los cofrades del Rosario. ¡Oh devocion grande! yo te llamaré mil veces santa y bendita. ¡Oh Virgen pura del santísimo Rosario! Vos sois con especialidad por este título la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, el honor de nuestro pueblo.

No tengo más que deciros, devotos de María. Concluí con mi discurso; suplid vosotros con el fervor de vuestro espíritu la torpeza de mi lengua; no seais devotos superficiales, ni de perspectiva, ni hijos ingratos de esta soberana Reina; vosotros sabéis los favores que habéis recibido de sus manos, los peligros de que os ha sacado, los ahogos en que os ha socorrido, las tribulaciones en que os ha consolado. Mostrad que sois sus verdaderos hijos: proseguid en obsequiarla de veras; vuestras demostraciones exteriores nazcan del ardor de vuestro pecho, del afecto de vuestro corazón. De esta suerte podeis confiar en vuestros Rosarios, y quedarán á su tiempo pagados con exceso todos vuestros servicios; porque teneis una Madre la más piadosa, la más amante, la más generosa y benéfica, que os mirará ahora y eternamente con ojos de misericordia.

Sí, dulcísima Madre mía, en Vos confío, en Vos tengo puesta toda mi esperanza, á Vos clamo en todas mis aflicciones; volved hacia nosotros esos ojos llenos de amor y ternura; dadnos gracia para cantar vuestras alabanzas en esta vida, y continuarlas en las eternas moradas de la gloria. *Amen.*